



El frentismo vasco

LOS acuerdos de Estella/Lizarra, de septiembre de 1998, dieron origen a una situación política nueva en el País Vasco, y no sólo por el cese indefinido de la violencia de alta intensidad, que fue la consecuencia de más valor, sino porque se ha iniciado un camino diferente en el que muchas de las fórmulas anteriores empiezan a perder sentido. El dato nuevo fundamental es la convergencia estratégica de todas las fuerzas nacionalistas en una especie de movimiento nacional de liberación. Dentro de esta unificación estratégica se dan diferencias muy significativas, incluso un movimiento de tijera aparentemente contradictorio en el que los moderados y los radicales parecen haber intercambiado sus papeles. Así, ETA (por intermediación de EH) empieza a utilizar las instituciones para dar cauce a sus propuestas, mientras los llamados partidos nacionalistas democráticos denuncian la insuficiencia de esas instituciones, las mismas que defendían cuando ETA las calificaba como viciados «organismos colaboracionistas».

Los dos frentes en conflicto

LAS elecciones vascas del 25 de octubre pasado se celebraron bajo el impacto de Estella y supusieron un fortalecimiento del nacionalismo radical (EH) a costa del nacionalismo moderado, además de un alza muy considerable del Partido Popular. La subsiguiente formación de un gobierno estrictamente nacionalista fue una consecuencia lógica de Estella. Todos supusimos que el precio puesto por

*ETA al abandono de las armas era que los otros firmantes asumieran el hacerse portadores de sus mismas demandas. Se suponía que ello bastaría para alejar la posibilidad de que los partidos llamados españolistas formaran parte del gobierno de Vitoria, como había venido sucediendo desde la restauración de la democracia. Quizá influyó también la presión policial y quizá hubo un principio de realismo en el conjunto de las fuerzas nacionalistas que no ignoraban el agotamiento de la vía violenta. Pudo haber, además, algo de mano tendida por parte de los nacionalistas moderados al asumir, sin pistolas, el discurso radical de ETA con objeto de ofrecer a la banda armada una justificación para vender a los suyos su cambio de estrategia. Quizá hubo dosis de todo eso, pero lo cierto es que el nacionalismo vasco se ha radicalizado bien porque las palabras expresan un radicalismo previo o bien porque lo producen. Además está condenado a mantener siempre la tensión so pena de perder la cohesión. Como consecuencia de todo ello, parece evidente que se ha constituido un frente nacionalista único, que **Arzallus** justifica diciendo que «el PNV ha ido al monte para que ETA descendiera al valle» y que ETA justifica con un enunciado inverso: «hemos llevado a nuestros riscos a todo el nacionalismo tibio».*

ESTE discurso más monocorde y radical es casi siempre un discurso contra el PSE y el PP, a los que se les niega el pedigrí de la vasquidad completa. Ello hace que en estos partidos se tenga a veces la sensación de que en Ajuria Enea se gobierna contra ellos, lo que representa algo mucho más grave: gobernar en contra de más del cuarenta por ciento de los vascos que no votan a partidos nacionalistas.

El ex lehendakari **Ardanza** trató de evitar siempre que se produjera esta fractura en Euskadi porque entrevió los riesgos que comporta para la democracia, para los derechos humanos y hasta para el crecimiento futuro de la opción nacionalista.

*Pero las nuevas cartas hacen imposible un nuevo tripartito
PNV-EA-PSE.*

Si a la constitución del frente nacionalista añadimos que parte de ese frente continúa amenazando a personas y bienes de

populares y socialistas, restringiendo su libertad de expresión, señalándolos como traidores a la causa vasca, no puede sorprender que la tentación frentista anide también en los partidos españolistas. Sería un verdadero drama civil que los dirigentes del PP y del PSE sucumbieran a esta tentación, pero no es de descartar que así suceda, si la presión nacionalista no queda circunscrita a los campos que la democracia marca para estos fines. Lo que sí se ha producido es una actitud de recelo ante cualquier propuesta nacida del nacionalismo, y no sólo de aquellas que, como la asamblea de municipios, rozan la línea de la constitucionalidad, sino incluso de las aparentemente anodinas o humanitarias, cargadas de razón en sí mismas, pero de las que se sospecha que puedan ser simples pasos intermedios hacia objetivos de mayor alcance.

Aunque oficialmente el PSE y el PP no han formado un frente, parece que la tensión entre nacionalistas y no nacionalistas permite hablar de «dos Euskadis», con sus agravios respectivos, de muy difícil reconciliación. Se diría que Euskadi ha mimetizado el tradicional enfrentamiento entre las dos Españas que desde los días de Fernando VII (1814-1833) opuso a constitucionalistas y absolutistas, carlistas e isabelinos, liberales y moderados, federalistas y unitarios, izquierdistas y derechistas, franquistas y antifranquistas. Todas las elecciones han demostrado esta fractura del País Vasco en dos bloques desiguales pero con tendencia a igualarse, como han demostrado las recientes elecciones generales en las que la relación de votos fue del 54% nacionalistas frente al 46% no nacionalistas, aproximadamente.

Riesgos con esperanza

DICHO lo anterior, el Acuerdo de Bases firmado por el PNV, EA y EH para garantizar la estabilidad de la legislatura podría entenderse sólo como un nuevo pacto de acero para blindar al nacionalismo, garantizarle sucesivas mayorías y erigirlo en rodillo democrático, que realmente actúe como vanguardia de una imparable marcha hacia la

independencia. Así gustan de interpretarlo los sectores más radicales del nacionalismo, que ya ponen incluso fecha para la declaración de independencia. Así lo quieren entender también algunos sectores españolistas cuya ideología se opone frontalmente a estos planteamientos. El camino emprendido comporta riesgos puesto que toca fibras muy sensibles y porque cualquier solución será vivida como ejercicio de un derecho por unos y como expolio de un derecho por otros, y viceversa. Sin embargo, en la situación a que hemos llegado en Euskadi entendemos que, también con este acuerdo, se pueden tener algunas esperanzas de caminar en dirección correcta. Desde septiembre del 98 no hemos andado políticamente siempre hacia atrás, ni mucho menos. Los motivos por los que manifestamos nuestra esperanza en que el futuro avanzará hacia una sociedad vasca menos excluyente de su otra mitad son los siguientes:

1. Los términos del propio acuerdo. Los tres principios políticos del Acuerdo de Bases constituyen una apuesta clara por la democracia. Hasta tres veces se repite bajo fórmulas diferentes el compromiso de los firmantes con los derechos humanos y con las reglas cívicas: 1. No utilizar otras vías que las democráticas. 2. Desaparición de toda acción y manifestación de violencia, y 3. Oposición a toda acción o reacción que vulnere los derechos individuales y colectivos. Los tres representan, sin nombrarla, una cadena de la **Kale Borroka**. No cabe duda de que esta fórmula ha servido para eludir una condena manifiesta de la violencia callejera y de las amenazas a los cargos y candidatos de los partidos no nacionalistas, pero también es verdad que puede equivaler a una condena explícita sin obligar a EH a sentirse traidor para con los suyos. No todo es luz: será necesario verificar si estos compromisos se aplican por igual en ambos sentidos o si son operativos cuando se trata de defender el derecho a la euskaldunización y no lo son cuando se trata de proteger los derechos de los que desean recibir la enseñanza en castellano. También es cierto que, puestos estos principios en relación con otras partes del texto, quedan debilitados. Pero, en todo caso, hay luz y, por tanto, derecho a la esperanza.

2. La institucionalización del radicalismo. Asusta que, entre los candidatos de EH, haya etarras acusados de crímenes horribles, lo que ya no es eludir la condena del terrorismo sino glorificarlo. Asusta que alguno de estos personajes, que ha extorsionado a empresarios y profesionales vascos, pueda tener en sus manos la información hacendística de guipuzcoanos o vizcaínos. Asusta sentirse administrado por quienes convirtieron a muchos ciudadanos en víctimas. Pero es mejor que estos personajes, arrepentidos o no, se tengan que enfrentar con luz y taquígrafos a la tarea de gobernar. La cotidianización de las responsabilidades, la necesidad de ganarse la reelección, la misma rutina administrativa generarán necesariamente en ellos un hábito democrático del que ahora carecen. Mejor sería que en los ayuntamientos y diputaciones hubiera mayor contrapeso españolista del que presumiblemente habrá. Pero, dada la expresión de las urnas, es infinitamente mejor que los radicales ocupen puestos de responsabilidad porque la mayoría terminará ejerciéndolos responsablemente. Para el radicalismo, como para las revoluciones, no hay mejor remedio que institucionalizarlo. Al principio puede agudizar los problemas, pero, a largo plazo, como el arco no puede estar permanentemente tenso, los suaviza y contribuye a solucionarlos.

3. La necesidad imperiosa de ofrecer soluciones. La democracia ha legitimado la opción radical nacionalista, del mismo modo que puede deslegitimarla en el futuro. Estar sometidos a esta periódica validación constituye la verdadera esencia de la democracia. Este mínimo democrático quizá sea la única coincidencia entre nacionalistas y no nacionalistas.

La **troika** de partidos nacionalistas se encuentra con una patata muy caliente en sus manos: necesita imperiosamente ofrecer al pueblo vasco un camino de pacificación creíble tanto para las víctimas de ETA como para las del GAL. Parece que

Otegui tiene voluntad de avanzar poco a poco hacia la reconciliación. Tal voluntad es manifiesta en el PNV y en EA. Es claro que el lehendakari **Ibarretxe** necesita serlo de todos los vascos y no tendrá más remedio que contener la tentación excluyente que padece el nacionalismo. Sólo por ese camino

obtendrá éxito en la tarea de normalizar un País Vasco, que ha cotidianizado lo anómalo. Arrojar la culpa de todos los problemas sobre un cada vez más invisible Madrid no resultará creíble por mucho tiempo y terminará por volverse contra quienes sigan practicando el victimismo. El fervor de Lizarra se ha enfriado ya mucho. En las elecciones municipales del día 13 de junio, los partidos españolistas han dado pruebas de buena salud y eso equivale a demostrar el carácter pluralista de la sociedad vasca, sin que tenga sentido la patrimonialización de la vasquidad completa por parte del nacionalismo. El conjunto del nacionalismo no ha crecido. Sólo lo ha hecho EH respecto de su predecesora HB. La coalición PNV-EA ha quedado muy lejos de los resultados esperados. Es posible que EH haya alcanzado su techo electoral o esté muy cerca de alcanzarlo. Pero también es posible que, como suele suceder en las coaliciones múltiples, los más radicales vayan laminando poco a poco a los más moderados. El peligro de jugar a ver quién es más nacionalista será el riesgo mayor para la paz y la democracia. En este sentido la crítica permanente a las instituciones tiene mucho de injusta y de insensata. Pero tampoco es justo ni prudente pretender que las instituciones sean eternas e inmutables. Lo único correcto es hacerlas funcionar mientras existen y caminar, si es necesario, hacia su transformación.

HASTA ahora la radicalización nacionalista ha podido ser una fuente de votos. Pero el tiempo de la euforia del sol creciente es limitado. Alcanzado el clímax, el nacionalismo, como todas las pasiones humanas, tiende a hacerse dialogante. Desde ahora, y cada vez más, las fuentes más decisivas de los votos estarán en la cicatrización de las heridas y en el desarrollo económico, social y cultural de la sociedad vasca.